

Un modelo sofisticado de decisión electoral racional: el voto estratégico en México, 1997

Alejandro Poiré*

Introducción

Al menos desde que Anthony Downs publicara su famosa *Teoría económica de la democracia*, el voto estratégico se ha mantenido como un acertijo central para los modelos de decisión electoral de tipo racional. El voto estratégico sostiene que la decisión de un individuo de expresar sinceramente sus preferencias electorales en una contienda en la que su primera preferencia no tiene oportunidades de ganar es irracional, especialmente si su sufragio puede ser utilizado más eficazmente para dirimir la elección en favor de su segunda preferencia (Downs, 1957). En dado caso, si el elector es racional no deberá marcar la boleta por su opción “sincera” sino en favor de su segunda preferencia, a fin de incrementar sus probabilidades de triunfo electoral.

Sin embargo, la distinción empírica entre lo que es una preferencia sincera y la opción que resulta de un cálculo sofisticado ha resultado difícil de dirimir para estudiosos del tema. Una contribución reciente

* El autor es jefe del Departamento de Ciencias Políticas del Instituto Tecnológico Autónomo de México, Río Hondo 1, col. Atizapán San Ángel, 01000 México, D.F., tel. (52) 5628-4000, ext. 3702, fax (52) 5490-4672, e-mail: poirerom@itam.mx.

Este artículo fue sometido a dictamen en febrero de 2000 y la versión final fue recibida en abril del mismo año.

El trabajo forma parte de un proyecto mayor sobre voto estratégico, en el que el autor colabora con Luis Estrada (ITAM). Adicionalmente, deseo agradecer la excelente asistencia de investigación de Gerardo Domínguez y María Fernanda Vergara. Dedico este esfuerzo al ITAM, mi cuna y mi casa, por su generosa acogida.

(Alvarez y Nagler, 2000) clasifica diversos análisis de voto estratégico de acuerdo con la metodología y los datos que utilizan. Estos enfoques son el de “metodología de inferencia agregada”, que se basa en datos agregados (típicamente por distrito, aunque incluso, a veces, por casilla o sección electoral) para inferir la presencia de comportamiento estratégico, la metodología de “autoidentificación”, en la que por medio de encuestas se le pregunta al elector directamente por la motivación de su voto, y finalmente estudios basados en la “medición directa”, que de acuerdo con R. Michael Alvarez y Jonathan Nagler suele basarse en “termómetros de simpatía para producir ordenamientos de preferencias de partidos o candidatos” para los electores, o de manera más concreta en ordenamientos de preferencias creados por comparaciones binarias de alternativas (Magaloni, 1996).

Cada una de estas vertientes de análisis presenta, sin embargo, importantes limitantes. El uso de datos agregados es sin duda una de las fuentes intuitivamente más convincentes de la existencia de voto estratégico.¹ Sin embargo, de un resultado electoral agregado es imposible dirimir entre comportamiento sofisticado y comportamiento sincero. Si bien Cox (1997) sugiere que la coordinación electoral implica consideraciones estratégicas por parte de los electores y los políticos que responden a la estructura de oportunidad política² que se les presenta (en concreto, en distritos uninominales no habrá más de dos candidatos con posibilidades de ganar), lo cierto es que es imposible inferir de un resultado bipartidista el que se haya presentado un cierto monto de voto sofisticado: bien puede resultar de 100 por ciento de votos sinceros por solamente dos partidos, o bien puede resultar de un tercio del electorado o más en donde todos abandonan otras opciones en favor de las dos con mayores probabilidades de ganar. Otros estudios dentro de esta perspectiva aprovechan la estructura del sistema electoral, que por ejemplo permite identificar el número de electores que no votaron por el mismo partido en todas las contiendas que se presentaron en una elección,³ y a partir de ello infieren cierto grado de comportamiento estratégico. Ciertamente, este tipo de análisis permite evaluar la lealtad del elector con respecto a su partido o su propensión a diferenciar su voto, pero tampoco es capaz de determinar

con precisión si existe algún grado de comportamiento estratégico o si todo es el simple resultado de la sincera expresión de preferencias. La metodología de “autoidentificación” sin duda evade este problema, pero se enfrenta asimismo a un típico problema de endogeneidad, también conocido como racionalización. El objetivo de un modelo de decisión electoral es precisamente el de indagar el efecto que distintas variables *exógenas* pudieron haber tenido en la elección. Cuando el elector responde en una encuesta sobre la motivación del voto, es imposible determinar si esta motivación es *previa* a la propia decisión electoral —lo que permitiría elaborar un enunciado causal al respecto— o más bien resultado de un cálculo sincero que *genera* el tipo de motivación expresado. Si bien este tipo de problemas puede ser combatido en la especificación estadística del modelo (por ejemplo, Poiré, 1999), lo cierto es que no nos permite contar con una medición independiente y confiable de los factores que pueden generar la decisión estratégica. El uso de comparaciones binarias tiene la virtud de favorecer la creación de ordenamientos completos y estrictos de preferencias —en el que no hay indiferencia entre dos opciones— para cada elector. Sin embargo, este enfoque no nos permite evaluar la magnitud de la diferencia que existe entre opciones, ya que se basa solamente en una escala ordinal. La escala basada en termómetros sí permite la comparación nominal entre las opciones, pero resulta un indicador tan vulnerable a endogeneidad como el de motivaciones de la decisión.

En síntesis, es necesario desarrollar una metodología que resuelva los problemas presentados por estas opciones y que permita indagar con precisión sobre los fundamentos del voto estratégico. Dado que la decisión de votar estratégicamente es una de corte racional por excelencia —implica tomar en serio el supuesto de instrumentalidad del voto—, lo más natural es desarrollar dicha metodología a partir de la vasta literatura sobre voto racional (Fiorina, 1981). A fin de evaluar adecuadamente la probabilidad y extensión del voto estratégico en una determinada elección, es indispensable partir de un modelo apropiado de la utilidad esperada que devengan los electores de las alternativas que se les presentan. Una vez logrado esto, debemos encontrar una forma válida de incorporar los cálculos estratégicos que pudiesen generar una elección *no sincera*. Tal es la tarea que se busca atender en este artículo.

Así, el presente esfuerzo busca contribuir al debate sobre la medición y explicación del voto estratégico en al menos dos formas: primero, proponiendo una variante de la metodología empleada por Alvarez

¹ Como en las ilustraciones usadas por Magaloni respecto al cambio de decisión electoral en Baja California entre 1988 —en que Cuauhtémoc Cárdenas triunfa en la elección presidencial— y 1989 —en que el ganador local es Ernesto Ruffo, del PAN—.

² Tomando prestada la frase de Schlesinger (1991).

³ Un ejemplo reciente es Reed (1996).

y Nagler y aplicándola al estudio de la elección de diputados de México en 1997. Específicamente, el artículo argumenta a favor del uso de una especificación de tipo logit condicional para probar modelos de votación basados en argumentos de utilidad esperada y para casi cualquier situación real de política multipartidista, al tiempo que propone una medida alternativa a la usada por Alvarez y Nagler para la estimación del costo de oportunidad de votar sinceramente. En segundo lugar, el estudio contribuye a nuestro ya vasto y detallado conocimiento del comportamiento electoral de los mexicanos (Domínguez y Poiré, 1999; Domínguez y McCann, 1996), presentando un modelo completo de decisión electoral sofisticada, y por vez primera estima el impacto y la dirección del voto estratégico para cualquier contienda nacional mexicana.⁴ Además, el artículo subraya el carácter racional de la decisión de votar estratégicamente, al demostrar que no está determinada por característica sociodemográfica alguna.

Organización del artículo

La siguiente sección del trabajo hace una revisión somera del panorama electoral de México en 1997, a la vez que discute con mayor detalle hallazgos previos respecto al comportamiento electoral estratégico en el caso mexicano. Más adelante se presenta una variación del método empleado por Alvarez y Nagler para evaluar la presencia del voto estratégico, aplicándolo a la elección de diputados de 1997 en México. Tras una discusión de los hallazgos, el artículo concluye con una discusión metodológica.

La alta competitividad de la elección de 1997 está fuera de toda duda. Por vez primera en la historia contemporánea del país, el PRI perdió la mayoría absoluta de la Cámara de Diputados, a la vez que fue derrotado en diversas elecciones de gobernadores, entre ellas la del Distrito Federal a manos de Cuauhtémoc Cárdenas (PRD), y el estado de Nuevo León, en la que triunfó Fernando Canales, del PAN. La pregunta central de este artículo es si existió voto estratégico en la

⁴ Magaloni (1996) aporta por mucho el más detallado análisis de voto estratégico para el caso mexicano. Ella utiliza datos de la Ciudad de México, de carácter individual, para ilustrar las posibilidades de coordinación estratégica en favor de los dos partidos opositores más importantes, construyendo los ordenamientos binarios de las preferencias de los votantes. Dicho trabajo no incluye, sin embargo, un modelo de voto completo. El estudio de Luis Estrada (1999) para la elección de 1997 indaga también sobre el voto estratégico en el Distrito Federal para la elección de 1997.

elección federal y, si se dio, cuál fue su efecto en el resultado agregado de la misma.⁵

Existe ya una sólida tradición de estudio del comportamiento electoral de los mexicanos.⁶ La investigación sobre el carácter estratégico del voto sólo ha sido explorada directamente por Beatriz Magaloni en un par de artículos relacionados (1994 y 1996).⁷ Su contribución seminal es que describe el perfil de las preferencias de los ciudadanos del Distrito Federal a partir de comparaciones binarias presentadas a una muestra de electores de dicha localidad. Detalla las condiciones en las cuales podríamos esperar que se diera el voto estratégico y, de hecho, se constituye en la base más sólida para desarrollar estudios sobre el electorado mexicano que partan de la premisa de su racionalidad; en particular aquellos que, además de basarse en dicho supuesto, intenten explorar sus implicaciones posteriores. El voto estratégico es una de estas consecuencias inmediatas, y el presente artículo intenta extender los resultados presentados en los trabajos de Magaloni.

El modelo de voto estratégico de Nagler y Alvarez

Jonathan Nagler y Michael Alvarez han hecho un importante número de contribuciones al estudio de la decisión electoral en años recientes. En varios trabajos, argumentan en favor del uso de técnicas metodológicas específicas para el análisis de distintos tipos de preguntas respecto al comportamiento de los electores.⁸ Uno de estos artículos construye un modelo de utilidad esperada que incluye estimaciones respecto a la posibilidad del voto estratégico.

En general, el modelo supone que la probabilidad de que un elector vote por un partido o un candidato es creciente con respecto a la utilidad esperada que el elector devenga de dicha opción. Esta utilidad esperada es una función de la distancia entre las posiciones en

⁵ Los datos utilizados en este artículo provienen de una encuesta conducida por ARCOP México una semana después de que se llevó a cabo la elección (julio de 1997). Dicha encuesta fue diseñada originalmente con fines académicos por varios colegas, en su mayoría del ITAM. Ha resultado ser especialmente fértil para la investigación académica, ya que, entre otros, Magaloni (1999) y Moreno (1999) la han utilizado con propósitos diversos.

⁶ Entre otras contribuciones recientes, destacan Domínguez y McCann (1996), Poiré (1999), Magaloni (1999), Cinta (1999), Lawson (1999), Moreno (1999), y Buendía (1996), además de los trabajos de este número.

⁷ El famoso artículo de Domínguez y McCann (1995) también toca el tema, pero no es su objetivo central de investigación.

⁸ Alvarez y Nagler (1994, 1998 y 2000); Alvarez, Howler y Nagler (1997).

asuntos de política que tengan el elector y sus alternativas (elementos prospectivos) (Downs, 1957), de las opiniones sobre la economía y el desempeño del gobierno (elementos retrospectivos) (Fiorina, 1981) y de una serie de factores sociodemográficos que pueden ilustrar algunos enclaves relevantes dentro de la sociedad (Lipset y Rokkan, 1967). Este modelo supone de manera explícita que la decisión electoral es de carácter enteramente instrumental (Aldrich, 1993), es decir, que los electores actúan *como si* estuviesen en ese momento eligiendo un gobierno. Este supuesto—cuando se aplica a un sistema multipartidista— implica que la decisión de votar por la opción que maximiza la utilidad esperada del elector (su opción preferida) puede resultar irracional si se cumplen las siguientes condiciones:

- 1) La opción preferida del elector no tiene ninguna oportunidad real de ganar la elección.
- 2) La contienda entre la segunda y la tercera preferencias del elector es suficientemente cerrada como para que el voto del propio elector pudiera hacer una diferencia en la misma.⁹

En caso de que estas condiciones se cumplan, el elector sofisticado podría preferir votar por su segunda preferencia en lugar de por la primera, a fin de evitar desperdiciar su voto en una opción que no tiene posibilidades de ganar. Sin embargo, para poder establecer con claridad en qué condiciones es óptimo dicho comportamiento, es necesario introducir el concepto de *costo de oportunidad del voto sincero*. Éste es el costo que debe pagar el elector por votar por su primera preferencia en una elección. Las condiciones descritas arriba son elementos que determinan la magnitud de dicho costo, que desde luego puede ser inexistente, y pueden ser identificadas con cierta precisión en el siguiente modelo propuesto por Alvarez y Nagler:

$$U_A^i = \alpha_A Z_i + \beta X_{i,A} + \delta W_A \quad (1)$$

donde la utilidad de un elector (i) de votar por el partido A es una función de:

⁹ Esta afirmación supone, adicionalmente, que el elector posee un ordenamiento estricto de preferencias entre su segunda y su tercera opciones. Mientras que en comparaciones binarias este hecho puede resultar poco común (Magaloni (1996) reporta que sólo 57 por ciento de los electores en la Ciudad de México en 1994 manifestaron este tipo de preferencias), cuando el ordenamiento se hace con base en un cálculo completo de utilidad esperada, éste será casi con toda certeza el resultado.

- a) una serie de características propias del i -ésimo elector, como son sus evaluaciones retrospectivas, sus características sociales, etcétera (Z_i), para las que estimamos un parámetro (α_A) por cada opción que se le presente;
- b) un grupo de características del elector i -ésimo con respecto a la opción A , como la distancia en asuntos de política ($X_{i,A}$), para las que estimamos un parámetro por variable correspondientes (β);¹⁰ y
- c) el costo de oportunidad de votar sinceramente que enfrenta cada elector con respecto al partido A , expresado como la probabilidad de que se desperdicie el voto (W_A), y estimándose un solo parámetro por cada variable que compone al indicador (δ).

Conforme a esta formulación, un votante se estará comportando estratégicamente cuando su evaluación del costo de oportunidad de votar con sinceridad sea mayor que la diferencia en utilidad (sincera) entre su primera y su segunda preferencias. En otras palabras, un votante estratégico es aquel para quien su primera preferencia *sofisticada*—incluyendo el costo de oportunidad— es distinta de su primera preferencia *sincera*—que no incluye cálculos de la probabilidad de desperdiciar el voto—.

A fin de tener una estimación del costo de oportunidad de votar sinceramente, Alvarez y Nagler (2000) proponen las dos siguientes mediciones realizadas a partir de los datos electorales agregados de la demarcación correspondiente, cada una de ellas formuladas a partir de las condiciones mencionadas arriba:

$$M1_A = [MIN(B, C) - A]$$

Variable que nos indica la competitividad relativa del partido A (medida como porcentaje de votos obtenidos) con respecto a otros partidos en la demarcación correspondiente. A mayor valor de $M1$ para cualquier partido, menor efectividad tendrá un voto en su favor para definir la elección. La segunda condición establece que a mayor competitividad en la contienda entre las otras alternativas presentadas al elector (B y C), mayor aún será el costo de oportunidad de votar por el partido A . Esto puede medirse, siguiendo a Alvarez y Nagler, con el siguiente cociente:

¹⁰ Suponiendo que las distancias en asuntos frente a todas las posibles opciones afecten la utilidad del elector de la misma forma.

$$M2_A = 1 / |(B - C)|$$

Es importante recordar que esta mayor competitividad entre *B* y *C* solamente incrementa el costo de oportunidad de votar por *A* cuando este último no tiene oportunidades de ganar, por lo que no debemos esperar que por sí sola $M2_A$ tenga efecto alguno en la utilidad esperada correspondiente al partido *A*, sino sólo en su interacción con $M1_A$.

Con estas medidas es posible construir un modelo completo de decisión electoral racional que permita estimar simultáneamente la utilidad esperada sofisticada que el elector devenga de cada una de las opciones que se le presentan:

$$U_i^A = \beta ISS_{i,A} + \alpha_A^1 RE_i + \alpha_A^2 SOC_i + \delta^1 M1_A + \delta^2 M1_A * M2_A + \delta^3 M2_A$$

$$U_i^B = \beta ISS_{i,B} + \alpha_B^1 RE_i + \alpha_B^2 SOC_i + \delta^1 M1_B + \delta^2 M1_B * M2_B + \delta^3 M2_B$$

$$U_i^C = \beta ISS_{i,C} + \alpha_C^1 RE_i + \alpha_C^2 SOC_i + \delta^1 M1_C + \delta^2 M1_C * M2_C + \delta^3 M2_C$$

donde la utilidad de cada partido es función de temas y asuntos prospectivos (*ISS*) con respecto al partido, evaluaciones retrospectivas (*RE*) y de características sociales y demográficas (*SOC*) del individuo, además del costo de oportunidad de votar sinceramente por cada opción. El argumento desarrollado hasta ahora sugiere que el valor de $\delta^1 < 0$, y $\delta^2 < 0$, lo que de hecho supone que el costo de oportunidad es mayor que cero.¹¹ Es decir, un votante incluye en su cálculo electoral sincero la probabilidad de que su voto se desperdicie, y a partir de ello percibe una utilidad esperada sofisticada que es la que determina en última instancia su comportamiento.

Aunque en principio la codificación de Alvarez y Nagler respecto al costo de oportunidad de votar sinceramente parece convincente, puede resultar más conveniente modificar la medición de *M1* de la siguiente forma:

$$M1_A^* = [MAX(B, C) - A]$$

que en efecto mide la distancia en porcentaje de votos del partido *A* con respecto al primer lugar en la competencia, a diferencia de la propuesta original de Alvarez y Nagler, que mide la diferencia con respecto al partido peor ubicado entre los otros dos.¹²

¹¹ Si bien Alvarez y Nagler (2000) afirman que uno puede esperar también que $\delta^3 < 0$, yo no encuentro elementos en el argumento para respaldar dicha afirmación.

¹² De hecho, Alvarez y Nagler (2000, nota 8) reconocen esta posibilidad.

El siguiente ejemplo ilustra con claridad este argumento. Supóngase que tenemos la siguiente configuración competitiva entre tres partidos:

Partido A	Partido B	Partido C
24%	50%	26%

El valor de $M1_A$, de acuerdo con la codificación original de Alvarez y Nagler, sería de tan sólo 0.02 debido a la escasa distancia que existe entre el partido *A* y el partido *C*; sin embargo, es evidente que en esta elección el partido *A* no tiene oportunidades de ganar, lo que de hecho genera la posibilidad de un comportamiento estratégico. Esta característica estaría mejor reflejada por un valor de $M1_A^* = 0.26$.

En general, el cambio de codificación propuesto se basa en la existencia de un costo de oportunidad de votar sinceramente *para todos aquellos partidarios de opciones sin posibilidades de ganar*. Mientras que la medida original de AN otorga valores negativos de *M1* tanto para el primero como para el segundo lugar de una contienda (en este ejemplo, $M1_C = -0.02$, $M1_B = -0.24$), destacando el hecho de que el costo del voto sincero solamente se da entre los electores de los partidos que se encuentran en tercer lugar en la contienda, la nueva codificación subraya la presencia de costos de votar sinceramente *siempre que nuestra primera opción no tenga oportunidad de triunfo* (en el ejemplo, $M1_C^* = 0.24$, $M1_B^* = -0.24$). Esta nueva codificación, a mi juicio, refleja con mayor fidelidad la primera condición teórica para el voto estratégico, que es simplemente el costo de oportunidad de votar por un partido sin posibilidades de triunfo. La codificación propuesta por Alvarez y Nagler para $M2$, no obstante, me parece una adecuada medida del costo de oportunidad que se le presenta al elector de no participar en una elección decisiva entre los partidos *B* y *C*, y por ello será utilizada sin modificación.

Sin embargo, tema de mayor importancia analítica frente a esta variante de codificación es el del modelo estadístico utilizado para la estimación. A diferencia de Alvarez y Nagler, que insisten en la necesidad de utilizar un modelo probit multinomial, este artículo utilizará un modelo de logit condicional, que es una técnica de estimación igualmente eficaz a la propuesta por dichos autores. Esta decisión se basa en un argumento conceptual y en un argumento empírico, que demuestran la plena validez de los resultados mostrados en el presente artículo. Alvarez y Nagler argumentan que solamente los modelos de

tipo probit multinomial nos permiten comprobar importantes implicaciones dinámicas de la política partidista concreta gracias a que no suponen la existencia de *Independencia de Alternativas Irrelevantes (IAI)*¹³ como una característica de la toma de decisiones, supuesto que sí hacen todos los modelos de tipo logit (Alvarez y Nagler, 1998). Es muy claro, entonces, que estas condiciones dinámicas a las que los autores se refieren son relevantes tan sólo en circunstancias relativamente excepcionales de la vida política, como es el caso de la presencia de un candidato fuerte de un tercer partido en las elecciones presidenciales de Estados Unidos, o ante la posibilidad de una alianza electoral entre partidos en Gran Bretaña (Alvarez, Bowler y Nagler, 1997). La mayor parte de la política electoral, sin embargo, es la política de todos los días, en el sentido de que rara vez se presenta la entrada o salida de candidatos importantes durante la campaña –lo que implicaría en los hechos una alteración del conjunto de alternativas a elegir–. A diferencia de lo que ocurre en la presente elección presidencial, sería muy difícil argumentar que en la elección congressional de 1997 la alteración del conjunto de alternativas relevantes fue un escenario siquiera posible. Ciertamente, es una poderosa razón para usar logit condicional en el presente contexto:¹⁴

[...] [nuestra investigación] sugiere el creciente uso de probit multinomial en ciencia política cuando la pregunta central de interés es el efecto de la remoción de una alternativa del conjunto de opciones [...] para otras preguntas, modelos que suponen errores independientes [como el logit condicional] pueden estar “suficientemente cerca”.¹⁵

A esto se añaden razones estadísticas de peso para no utilizar probit multinomial cuando no existe una posible alteración del conjunto de opciones que se presentan al elector. Dicho procedimiento relaja el supuesto de independencia entre las alternativas y permite estimar directamente la correlación que existe entre los errores correspondientes a los pares de opciones. Lo que esto implica es que a diferencia de los procedimientos de tipo logit, en los que las correlaciones por defi-

¹³ La IAI se mantiene cuando $[P(A)/S]/[P(B)/S] = [P(A)/T]/[P(B)/T]$, donde $\{A, B\} \in S$ y $\{A, B\} \in T$, con $S \neq T$.

¹⁴ Un elemento adicional sugiere el uso de logit condicional en vez del multinomial probit (MNP): el tamaño de la muestra. Alvarez y Nagler (1994, p. 25) muestran que las propiedades asintóticas del MNP se logran a partir de muestras de alrededor de 1 000 observaciones, mientras que en nuestra muestra final quedan menos de 560. Para este tamaño de muestra, MNP no ofrece ventaja alguna real sobre el logit condicional.

¹⁵ Tomado del resumen de Alvarez y Nagler (1994). En cursivas en el original.

nición son igual a cero y la selección de la opción de la variable dependiente que se utilizará como categoría de referencia para el cálculo de los momios no tiene efectos sustantivos, en el probit multinomial dicha selección sí puede tener efectos reales en la estimación de los parámetros y las probabilidades resultantes del modelo estadístico, aun cuando la especificación y los datos que se utilizan en el mismo sean idénticos. Peor aún, no existe criterio sistemático alguno para elegir con base en cuál de las categorías de referencia debemos correr el modelo de probit multinomial, a pesar, insisto, de que de dicha elección pueden obtenerse resultados *sustantivamente diferentes*. Por último, Rafael Vergara (1999) ha mostrado recientemente evidencias que sugieren que para la misma elección y encuesta utilizadas en el presente estudio el supuesto de independencia de alternativas irrelevantes sí se cumple, lo que fortalece el argumento en contra de la utilización de un modelo con nulos beneficios y costos potenciales reales. En breve, este artículo mantiene la mayor conveniencia de utilizar un modelo de logit condicional para estudiar elecciones multipartidistas en las que la alteración del conjunto de opciones es improbable, permitiendo así (a diferencia de un logit multinomial) la inclusión tanto de características específicas del individuo como de características del individuo relativas a las opciones que se le presentan.¹⁶

Especificación del modelo

La probabilidad de votar por el partido *A*, entonces, es estimada por un modelo de tipo logit condicional de la siguiente manera:¹⁷

$$P_i(\text{Voto } A) \sim f(\text{ISS}_{i,A}, \text{RE}_i, \text{SOC}_i, M1_A, M1_A^* M2_A \dots)$$

Aquí la probabilidad de que un elector vote por un partido *A* es una función de su utilidad esperada sofisticada, es decir, de aquella que incluye los costos de oportunidad de votar sinceramente.¹⁸ De acuerdo con las características del modelo de logit condicional, se estimarán una serie de parámetros para el PAN y el PRD, tomando al PRI

¹⁶ Tengo entendido que éste es el primer estudio publicado que utiliza esta metodología específica para analizar el voto en México.

¹⁷ Para simplificar la notación, uso $M1_A$, mientras que la codificación utilizada corresponde a mi definición de $M1_A^*$.

¹⁸ Incluyo $M2$ por sí sola, sin expectativa alguna respecto a su efecto en el voto.

como categoría de referencia y, por tanto, normalizando sus coeficientes a cero.¹⁹

Las variables independientes utilizadas en el modelo se dividen en cuatro grupos: distancia frente a los partidos en temas o asuntos, evaluaciones retrospectivas, características sociodemográficas y costo de oportunidad de votar sinceramente. La encuesta de 1997 incluye dos temas o asuntos para los que contamos con la ubicación del propio elector y la de los partidos políticos: el papel del gobierno en la economía y una escala general de izquierda a derecha.²⁰ Una hipótesis inicial es que el valor absoluto de la distancia frente a un partido generará una utilidad esperada negativa y por tanto una menor probabilidad de votar por él.²¹ Siguiendo a Alvarez, Bowler y Nagler (1997), supongo que el impacto de la distancia entre electores y partidos en la utilidad esperada de los mismos es igual para todas las combinaciones posibles entre el votante y el partido.²² Cuatro indicadores retrospectivos fueron usados en el modelo: la evaluación del desempeño presidencial en general y con respecto a la creación de empleos, así como la evaluación económica retrospectiva personal y la nacional en los tres años anteriores a la elección. Cada una de estas variables se introdujeron al modelo como factores específicos a los individuos, por lo que se estima un coeficiente para el PRD y otro para el PAN, y se espera que ambos sean negativos y estadísticamente significativos. Tres características sociodemográficas se incluyen también en el modelo;²³ primero, si el elector vive en una comunidad rural, que en principio sigue siendo bastión priísta; segundo, si el elector es burócrata, también un supuesto reducto del PRI; y, finalmente, una medida de escolaridad,

¹⁹ Me baso en la descripción de Alvarez y Nagler del modelo de logit condicional de su artículo de 1998.

²⁰ Las siguientes son las preguntas sobre asuntos utilizadas en la encuesta: "Existen muchas opiniones con respecto al papel del gobierno en la economía. Unos piensan que debiera intervenir en la economía. Otros piensan que la economía debiera ser dejada en manos de la iniciativa privada y que el gobierno debiera intervenir lo menos posible. ¿Dónde en la escala (de siete puntos) se ubicaría usted? [...] ¿y al partido X, Y, Z?", y "Muchas veces en política hablamos de posiciones de izquierda y de derecha. En una escala del 1 al 10, donde 1 significa izquierda en política y 10 derecha, ¿dónde ubicaría usted su punto de vista? [...] ¿y al partido X, Y, Z?"

²¹ A fin de evitar los típicos problemas de racionalización, se codifica la distancia entre cada votante y la media de la posición del partido, determinada ésta por el total de la muestra.

²² Esto simplemente implica que a los votantes les importa la distancia ante todos los partidos en igual intensidad, lo que genera además un modelo más parsimonioso. Alternativamente, podríamos suponer que el efecto de la distancia entre partidos y electores no es igual para cada partido, y así incluir la distancia ideológica como una característica individual y no una característica relativa a las opciones.

²³ Otras características sociodemográficas no resultaron estadísticamente significativas en ninguna especificación del mismo.

cuyo nivel alto está asociado con el voto por la oposición, especialmente con el PAN.²⁴

Las variables de costo de oportunidad fueron introducidas como características relativas a las opciones para las cuales se estima un solo parámetro, que es común a los tres partidos. Es decir, suponemos que el costo de oportunidad de votar sinceramente depende sólo de la competitividad de los partidos en la localidad seleccionada, lo que permite estimar un solo coeficiente. Más aún, dado que la elección de 1997 fue una elección de diputados, y siguiendo el ejemplo de Alvarez y Nagler (2000) para Gran Bretaña, la mejor forma de codificar las variables $M1_x$ y $M2_x$ es a partir de los resultados electorales de cada distrito uninominal en los que el elector fue entrevistado —que es la demarcación para la que en primera instancia se contabiliza el voto del elector—. Sin embargo, la encuesta de 1997 aquí utilizada no codifica la información respecto al distrito electoral en que se encuentra el encuestado,²⁵ por lo que se decidió utilizar la información de la siguiente demarcación para la que la encuesta sí contaba con información: los resultados estatales. Uno de los siguientes supuestos es suficiente para poder tomar esta opción: primero, que la competencia electoral entre distritos de cada estado es relativamente homogénea, o mejor aún, que la información de la más reciente elección estatal sea un punto de referencia utilizado por los votantes para medir la eficacia relativa de su voto. Mientras que el primer supuesto es francamente controvertido, el segundo me parece suficiente para resolver el problema conceptual que en principio causa la carencia de datos más desagregados de ubicación del encuestado.²⁷

La discusión precedente, de hecho, subraya una de las limitaciones del enfoque original de Alvarez y Nagler para el estudio del voto estratégico. Por un lado, una elección de diputados es ideal para probar hipótesis sobre el papel que la estructura competitiva de la de-

²⁴ Véase, por ejemplo, la introducción de Domínguez en Domínguez y Poiré (1999).

²⁵ Una discusión adicional se refiere a la utilización de los resultados de la propia elección, al contrario de lo que se realiza en el presente trabajo y en el trabajo de 1997 de Alvarez y Nagler. Una alternativa adicional sería estimar un punto intermedio para cada demarcación, que bien pudiera reflejar los cambios en la composición electoral sin generar necesariamente problemas de endogeneidad. Claramente, el uso de la elección previa es la alternativa más conservadora, ya que asume que los electores realizan consideraciones estratégicas sin ninguna información adicional de las campañas en curso.

²⁶ La única elección congressional previa, no concurrente y competitiva, se llevó a cabo en 1991: su análisis forma parte de un proyecto mayor sobre el voto estratégico en perspectiva comparada.

²⁷ La mayoría de la cobertura de las elecciones y de la competencia partidista por parte de los medios locales será un mejor reflejo de las condiciones de la elección estatal y no distrital.

marcación correspondiente desempeña en la probabilidad del mismo. La distribución de resultados electorales en el país nos permite contar con un alto nivel de variación en nuestras variables explicativas de costo de oportunidad de votar sinceramente ($M1$, $M2$). Sin embargo, esta misma virtud se convierte en un obstáculo potencial en por lo menos dos contextos electorales muy comunes: en elecciones presidenciales en las que solamente existe un distrito nacional, lo que reduce la variación en $M1$ y $M2$, y también en elecciones congresionales concurrentes con una elección ejecutiva, en la que los electores podrían estar haciendo evaluaciones sofisticadas para cada elección tomando o sin tomar en cuenta la estructura competitiva de los distritos locales. Mientras que el primer problema es irrelevante para una elección presidencial estadounidense, así como para el presente artículo y para el ejercicio de Alvarez y Nagler, el segundo es aplicable a *cualquier elección congresional llevada a cabo de manera concurrente con la elección ejecutiva*. De hecho, el propio ejercicio seminal de Alvarez y Nagler es sujeto de esta crítica, ya que hacen una evaluación del costo de oportunidad de votar sinceramente en cada uno de los distritos británicos como si la función de utilidad del elector estuviese circunscrita exclusivamente al distrito en disputa y no a la elección mayor, en particular la del parlamento en su conjunto. Por fortuna, en nuestro caso no hubo una elección nacional concurrente con la de diputados, y aunque hubo siete elecciones para gobernador en la misma fecha, su efecto resultó ser nulo al controlarse por medio de una variable *dummy*, por lo que no se incluyó en la especificación final del modelo.²⁸

Resultados

La alta competitividad de la elección federal de 1997 trajo consigo la primera legislatura sin mayoría absoluta para un solo partido de nuestra historia contemporánea. Los partidos de oposición fueron capaces de crear una efímera pero eficaz coalición congresional que de entrada redistribuyó los cargos y recursos de la cámara que normalmente eran monopolizados por el PRI. Fue la primera elección federal posterior al

²⁸ Un factor institucional propio del sistema mexicano es digno de mención. Cuando un votante sufragando por diputados uninominales está eligiendo al diputado que le representa por su distrito, además de contribuir a definir el número total de diputados con que contará la bancada de su partido gracias al sistema de representación proporcional. Esto sugiere que en presencia de un sistema menos proporcional el monto del voto estratégico que estima el presente artículo podría ser aún mayor.

“error de diciembre” de 1994 y la consiguiente crisis económica de 1995, y —en particular por su carácter de elección intermedia— distintos tipos de modelos que destacan el carácter plebiscitario de las elecciones en México (Domínguez y McCann, 1996) harían esperar que porciones significativas del electorado se coordinaran alrededor del candidato o candidata a legislador con mayores probabilidades de vencer al PRI. ¿Qué proporción del avance de la oposición se debió a cálculos estratégicos de los votantes? ¿esperaríamos encontrar a electores del PRI votando estratégicamente en distritos en los que era evidente que serían derrotados? A fin de responder a estas preguntas presentamos el análisis de un modelo de decisión electoral sofisticado, mismo que comparamos con el modelo sincero (que no incluye la estimación del impacto del costo de oportunidad). Esta comparación nos brinda una aproximación del monto de comportamiento sofisticado que estuvo presente, al tiempo que nos permite identificar a aquellos electores que con más probabilidad votaron de esta forma.

El cuadro 1 muestra los resultados del modelo de utilidad esperada sofisticada. El primer resultado central del mismo radica en la evidencia convincente de que las consideraciones del costo de oportunidad del voto sincero influyeron en la decisión del electorado mexicano en 1997. Como lo indica el coeficiente negativo y estadísticamente significativo de la variable $M1$, y tomando en cuenta los beneficios deseados que espera de un partido, la probabilidad de que un elector vote por su primera preferencia disminuye en la medida en que ésta se aleje del primer lugar de la competencia electoral. En otras palabras, el cuadro 1 demuestra que los mexicanos se mostraron relativamente renuentes a desperdiciar su voto en partidos que ciertamente les parecían las mejores opciones en términos de los beneficios que les ofrecían, pero que no tenían oportunidades de ganar. Sin embargo, el segundo componente del costo de oportunidad de votar sinceramente no pareció pesar en los cálculos del elector, como lo muestra el coeficiente del término de interacción $M1 * M2$. Esto indica, aunado al hecho de que la variable $M2$ por sí sola tampoco tuvo un efecto discernible, que la competitividad de la elección entre la segunda y la tercera preferencias del votante no influyó en su decisión; es decir, el que la primera opción no tuviera oportunidad de vencer resultó condición suficiente para promover consideraciones estratégicas.²⁹

²⁹ De cualquier forma, estos resultados podrían deberse a que no contamos con una medición propia del distrito electoral que sirviera para usar en lugar de la medida estatal. A este

Cuadro 1. Modelo logit condicional, México 1997^a
Decisión electoral sofisticada

<i>Variables explicativas</i>	<i>Coefficientes^b (error estándar)</i>	
<i>Variables relativas a las opciones</i>		
<i>Costo de oportunidad</i>		
$M1_x$ (1ª preferencia sin oportunidad)	-0.0210*** (0.005)	
$M2_x$ (2ª y 3ª preferencia en competencia cerrada)	0.8098 (1.188)	
$M1_x * M2_x$ (término de interacción)	0.0187 (0.027)	
<i>Asuntos</i>		
Izquierda-derecha	-0.3191*** (0.038)	
Papel del gobierno en la economía	-0.4710*** (0.171)	
<i>Variables individuales</i>	<i>PAN</i>	<i>PRD</i>
<i>Sociodemográficas</i>		
Educación	0.1611* (0.093)	0.0691 (0.098)
Rural	-1.1212*** (0.346)	-0.5519* (0.327)
Burócrata	-0.6999* (0.402)	-0.1922 (0.403)
<i>Evaluaciones retrospectivas</i>		
Aprobación presidencial (general)	-0.6618*** (0.125)	-0.5794*** (0.131)
Aprobación presidencial (empleos)	-0.5084*** (0.154)	-0.7762*** (0.166)
Situación económica nacional mejoró	-0.0362 (0.151)	-0.2690* (0.158)
Situación económica personal mejoró	-0.1327 (0.153)	-0.1130 (0.157)
Constante	0.5114 (0.498)	0.6428 (0.517)
<i>N = 557</i>		
<i>Log likelihood = -451.2879</i>		

^a Datos de la encuesta de ARCOF, julio de 1997. Las variables estratégicas fueron codificadas de acuerdo con los resultados oficiales del IFE de 1994.

^b La categoría PRI es el caso base y, por tanto, sus coeficientes fueron normalizados a cero.

* = significativo con $p < 0.10$

** = significativo con $p < 0.05$

*** = significativo con $p < 0.01$

El resto de los coeficientes del modelo se comporta de acuerdo con las expectativas teóricas y sólo las mencionaré brevemente, a fin de concentrarme en el objetivo específico de este artículo. Ambos compo-

respecto, es probablemente imposible llegar a conclusiones más sólidas que las presentes usando esta encuesta que, por otra parte, es la más completa de las disponibles para la contienda de 1997.

nentes prospectivos muestran coeficientes en la dirección esperada y son estadísticamente significativos, en tanto muestran que los electores castigaron a los partidos que se alejaban de su propia postura tanto en el tema del papel del gobierno en la economía como en la escala general de izquierda-derecha. Es claro también que la aprobación de la gestión de Ernesto Zedillo fue uno de los factores determinantes de la elección, así como su desempeño respecto a algunas políticas públicas específicas, como fue la creación de empleos. Los factores poderosos retrospectivos relacionados con la economía resultaron ser menos predictores del voto, siendo significativo solamente aquél que relaciona las malas opiniones de la economía nacional con el voto en favor del PRD. Algunos enclaves sociales persistieron en su importancia, como es la renovada lealtad de la burocracia con el PRI, la fortaleza relativa de ambas oposiciones —aunque especialmente del PAN— en las ciudades, y la ya clásica tendencia de los más educados a favorecer a dicho partido frente al PRI.

El cuadro 2 presenta, en comparación, los resultados del modelo de utilidad esperada, sincera, es decir exactamente el utilizado en el cuadro 1, sólo que excluyendo las variables que miden el costo de oportunidad. Dos hechos deben acentuarse: primero, que los resultados del modelo son virtualmente idénticos a los del modelo sofisticado; segundo, y más importante, que el modelo estratégico es claramente un mejor instrumento predictivo que el modelo sincero.

Los cuadros 3 y 4 comparan la eficacia predictiva de las dos especificaciones del modelo de votación. Se genera una variable a partir de la probabilidad de votar por cada partido derivada del modelo de logit condicional que se recodifica de acuerdo con la regla evidente de que el elector vota por el partido cuya probabilidad estimada sea más alta. Tanto en términos generales como al hacer el análisis para la votación de cada uno de los partidos, el modelo de utilidad esperada sofisticada ofrece una mejor capacidad de predicción. Mientras que el modelo estratégico predice correctamente el 64.4 por ciento de los casos usados para el análisis, el modelo sincero tiene éxito sólo en 62.2 por ciento de ellos. Más aún, el modelo mejora en la predicción del voto para cada partido: por casi 4 puntos porcentuales para el PAN, 0.5 puntos para el PRI y 2 puntos porcentuales para el PRD. En síntesis, esta comparación muestra que la inclusión de variables que miden el costo de oportunidad del voto sincero nos permite lograr una mejor explicación del voto de 1997 en México.

Esta sección se propuso mostrar que las consideraciones de tipo estratégico fueron un componente real de las decisiones electorales de

Cuadro 2. Modelo logit condicional, México 1997^a
Decisión electoral sincera

Variables explicativas	Coeficientes ^b (error estándar)	
	Variables relativas a las opciones	
Asuntos		
Izquierda-derecha	-0.3265*** (0.037)	
Papel del gobierno en la economía	-0.4119** (0.168)	
Variables individuales		
	PAN	PRD
Sociodemográficas		
Educación	0.1664* (0.092)	0.0728 (0.097)
Rural	-1.1758*** (0.339)	-0.5346* (0.321)
Burócrata	-0.7975** (0.398)	-0.2804 (0.391)
Evaluaciones retrospectivas		
Aprobación presidencial (general)	-0.6823*** (0.124)	-0.5956*** (0.129)
Aprobación presidencial (empleos)	-0.4933*** (0.151)	-0.7362*** (0.163)
Situación económica nacional (mejoró)	-0.0368 (0.151)	-0.2046 (0.156)
Situación económica personal (mejoró)	-0.0836 (0.151)	-0.1363 (0.156)
Constante	-0.5546 (0.423)	-0.4064 (0.447)
N = 557		
Log likelihood = -460.54192		

^a Datos de la encuesta de ARCOF, julio de 1997. Las variables estratégicas fueron codificadas de acuerdo con los resultados oficiales del IFE de 1994.

^b La categoría PRI es el caso base y, por tanto, sus coeficientes fueron normalizados a cero.

* = Significativo con $p < 0.10$

** = Significativo con $p < 0.05$

*** = Significativo con $p < 0.01$

los mexicanos en 1997, y que un modelo que las incorpore puede resultar una herramienta analítica que mejore nuestro entendimiento del voto *en general*—ciertamente lo es para esta elección—. Este importante hallazgo—por vez primera identificado con certidumbre estadística para una contienda nacional en México—genera un sinnúmero de preguntas adicionales, dos de las cuales se abordarán en el resto de este artículo. La primera y más obvia se refiere al monto y dirección del voto estratégico, y la segunda indaga sobre algunas de las característi-

Cuadro 3. Modelo de decisión sofisticada*
Eficacia predictiva

Decisión de voto	Predicho por el modelo			Totales
	PAN	PRI	PRD	
PAN	74 (44.8%)	43	48	165
PRI	24	149 (75.6%)	24	197
PRD	29	30	136 (69.7%)	195
Totales	127	222	208	557
Porcentaje correctamente predicho = 64.4% (total)				

* Los números en las celdas corresponden al número de casos; los números en paréntesis son los porcentajes por filas. Los datos son estimados a partir del modelo presentado en el cuadro 1.

Cuadro 4. Modelo de decisión sincera*
Eficacia predictiva

Decisión de voto	Predicho por el modelo			Totales
	PAN	PRI	PRD	
PAN	67 (40.6%)	44	54	165
PRI	25	148 (75.1%)	24	197
PRD	32	31	132 (67.7%)	195
Totales	124	223	210	557
Porcentaje correctamente predicho = 62.2% (total)				

* Los números en las celdas corresponden al número de casos; los números en paréntesis son los porcentajes por filas. Los datos son estimados a partir del modelo presentado en el cuadro 2.

cas de los electores que no votaron por su primera preferencia sincera.³⁰ Se concluye esta sección con evidencia que responde directamente a la primera pregunta, al comparar las estimaciones resultantes del modelo sofisticado con las correspondientes al modelo sincero.

El cuadro 5 indica que mientras que el monto total del voto estratégico en México fue significativo (calculado en casi 10 por ciento de la muestra final), su efecto neto fue prácticamente nulo al distribuirse entre los tres partidos. Aun si parece que el PAN resultó ligeramente

³⁰ En virtud de la ausencia de datos completos para algunas de las preguntas utilizadas, la muestra final sobrerrepresenta a los electores del PRI en detrimento de los del PAN. El resultado agregado esperado en la encuesta fue 30.5 por ciento para el PAN, 39.27 por ciento para el PRI, y 30.2 por ciento para el PRD (N = 871), mientras que el resultado en la muestra analizada terminó: PAN 22.2 por ciento, PRI 40.0 por ciento y PRI 37.7 por ciento (N = 557). Esto último entorpece parcialmente mi capacidad para estimar una "cantidad" representativa de voto estratégico, pero de ninguna manera afecta al resto de los resultados aquí presentados.

Cuadro 5. Voto estratégico en la muestra*

Predicciones sofisticadas	Predicciones sinceras			Totales
	PAN	PRI	PRD	
PAN	104	9	14	127
PRI	8	208	6	222
PRD	12	6	190	208
Totales	124	223	210	557
Efecto neto por voto estratégico	+2.4%	-0.4%	+1%	
Voto estratégico estimado total = 9.87 % de la muestra				

* Los números en las celdas corresponden al número de casos, destacando en negritas los electores estratégicos. Las predicciones sofisticadas son estimadas a partir del modelo presentado en el cuadro 1, mientras que las predicciones sinceras son estimadas con base en el modelo presentado en el cuadro 2.

beneficiado por estas consideraciones (2.4 por ciento más sobre su voto sincero esperado total), es evidente que no hubo una coordinación general de los electores alrededor (o en contra) de un solo partido. Los intercambios de votos entre partidos son el resultado de cálculos de utilidad esperada sofisticada entre las tres opciones, y destacan no solamente el complejo perfil de preferencias de los electores mexicanos,³¹ sino la diversidad de oportunidades estratégicas que se les presentan en distintos lugares del país.³² La evidencia anterior difiere radicalmente de interpretaciones que destacan el carácter plebiscitario de las elecciones mexicanas. Dichos argumentos insistirían en la coordinación estratégica de votantes del PAN y del PRD entre sí para vencer al PRI, lo que implica la virtual inexistencia de opositores que cambian su voto en favor del partido en el gobierno por consideraciones estratégicas. Es claro que en 1997 sí existió un segmento de electores (estimado en 6.3 por ciento del voto priísta en la muestra final) del PAN y del PRD que se coordinaron a favor del PRI a fin de no desperdiciar su voto y de vencer al *otro* partido opositor.

Es digno de mención que —al tiempo de enviar este escrito para su publicación— múltiples analistas y políticos opositores insistan en la búsqueda de estrategias que consoliden, ya sea al nivel de elite o del

³¹ Mientras que Magaloni (1996) argumentaría que estos cambios son determinados por la dimensión de los asuntos a los que los electores prestan mayor atención (ideológica si el ordenamiento de preferencias es PAN > PRI > PRD, institucional si el ordenamiento es PAN > PRD > PRI), su modelo sólo incorpora evaluaciones prospectivas, y no el total de las variables que determinan la utilidad esperada de cada opción.

³² Agradezco a Daniel Velázquez por sugerir este punto en una crítica escrita a este artículo.

electorado,³³ una gran coalición opositora como única vía para lograr la alternancia en la Presidencia de la República. Si algo sugieren los resultados de este artículo es que una campaña que suponga una decisión plebiscitaria respecto al gobierno que *solamente* insista en factores de cambio político o de oposición al PRI como tema central de la contienda provocará no sólo voto estratégico a favor del más viable contendiente opositor, sino *también a favor del propio partido en el poder*, limitando la eficacia potencial de la misma.

¿Quiénes son los electores estratégicos?

Una vez que hemos identificado dentro de la muestra a aquellos electores que con mayor probabilidad se comportaron de manera estratégica, es posible analizar algunas de sus características distintivas. Esta investigación sugiere que no hay un grupo específico de electores estratégicos cuyas características sociales permitan distinguirlos del resto de la población; en otras palabras, no hay segmento del electorado más ni menos propenso a votar estratégicamente. No obstante, al diferenciar por características políticas, encontramos hallazgos interesantes: los panistas *duros* son más propensos a mostrar este tipo de comportamiento.

Partimos del supuesto de que los electores votan como si maximizaran una función de utilidad esperada sofisticada. Por tanto, un “elector estratégico” es simplemente aquél para quien las consideraciones sofisticadas son suficientes para hacerlo votar por la opción que sería su segunda preferencia sincera. Esto se debe, como lo muestra el modelo, a una combinación de dos factores centrales: por un lado, el costo de votar sinceramente (incluido en los términos $M1$, $M1 * M2$), y el “diferencial de partido”³⁴ o ventaja en utilidad esperada de votar por la primera preferencia frente a la segunda, según lo estima el propio modelo estadístico.

En general, entonces, no deberíamos esperar que la probabilidad de comportarse estratégicamente dependiera de alguna variable so-

³³ Las estrategias a nivel de elite van (y así se han presentado en el curso de los meses pasados) desde la búsqueda de una segunda vuelta electoral hasta la formación de una alianza formal previa a las campañas electorales, y todavía en semanas recientes a la búsqueda de la declinación de Cuauhtémoc Cárdenas (PRD) a favor de Vicente Fox (PAN). Las estrategias a nivel del electorado se refieren a destacar la dimensión del cambio político como un factor fundamental que está en juego en la elección, donde, como muestra Magaloni (1996), la alianza entre electores opositores es más viable.

³⁴ Siguiendo el concepto de Downs (1957).

cial o demográfica. Incluso las variables como el nivel de educación no deberían determinar la probabilidad de un comportamiento estratégico. Recordemos que el modelo sofisticado no añade requisitos cognitivos al elector racional, sino que simplemente reconoce una de sus implicaciones más inmediatas: dado que los electores actúan como si su voto eligiese gobierno, es posible que no quieran desperdiciar un sufragio en situaciones en que es claro que podrían utilizarlo de mejor forma. Sin duda, electores con perfiles de preferencias no estrictos (en los que haya indiferencia entre los candidatos) o en situaciones en que su primera preferencia sea competitiva en la elección no se comportarán estratégicamente, pero ello no depende de su nivel de educación o su estrato económico.³⁵ Sin embargo, no debería sorprendernos encontrar que la identificación partidista, una variable que no utilizamos en el modelo por su alta endogeneidad con decisión electoral (Poiré, 1999), pudiese ser un buen predictor de menor comportamiento estratégico. Si, siguiendo a Fiorina (1981), un partidista “fuerte” o “duro” es aquél para quien la suma de sus experiencias políticas pasadas producen una notable ventaja en utilidad esperada a favor de un partido, entonces para estos electores sería necesario, *ceteris paribus*, enfrentarse a mayores costos de oportunidad de votar sinceramente para cambiar su sufragio por su segunda preferencia. Esto sólo se cumple, obviamente, si la identificación partidista es una buena estimación de la presencia de altos “diferenciales de partido”.

Los cuadros 6 y 7 presentan los resultados del estudio de estas dos hipótesis. Primero, y en concordancia con el modelo de utilidad esperada, no hay característica social o demográfica alguna que genere una predisposición a votar estratégicamente. El cuadro 6 muestra los resultados de un modelo probit dicotómico en el que la variable dependiente toma el valor de 1 cuando el elector cambió su voto por consideraciones estratégicas, y no se encuentra ninguna relación estadísticamente significativa entre las variables estructurales incluidas y dicho comportamiento.

A fin de evaluar si la identificación partidista fuerte determinó reducidos niveles de comportamiento estratégico, se presentan tres

³⁵ Una pregunta relacionada, sugerida por uno de los revisores anónimos del artículo, es si este comportamiento debería ser distinto entre electores con diversos niveles de información política. Una respuesta empírica inicial indicaría que los niveles de educación pueden funcionar satisfactoriamente como variable *proxy* de información política y que su efecto es nulo. Por otro lado, la única información adicional que un elector requiere para hacer un cálculo sofisticado frente a uno sincero es alguna percepción de la situación competitiva de su demarcación —en este caso su estado—, información especialmente difícil de evadir durante un periodo preelectoral.

Cuadro 6. Modelo probit de electores estratégicos^a
Características sociodemográficas

<i>Variables explicativas</i>	<i>Coefficientes (error estándar)</i>
Edad	-0.0068 (0.007)
Educación	-0.0356 (0.078)
Ingreso	0.1160 (0.085)
Rural	-0.3520 (0.224)
Mujeres	-0.2087 (0.190)
Estudiantes	-0.0182 (0.268)
Burócratas	-0.0514 (0.270)
Amas de casa	0.1458 (0.253)
Constante	-1.116** (0.487)
<i>N</i> = 500	
<i>Log likelihood</i> = - 149.9213	

^a Variable dependiente: predicción del voto sincero del elector diferente a la predicción del voto estratégico = 1, predicción del voto sincero del elector igual a la predicción del voto estratégico = 0.

* = Significativo con $p < 0.10$

** = Significativo con $p < 0.05$

modelos probit —uno para los simpatizantes duros de cada partido— usando la misma variable dependiente que en el modelo anterior.³⁶

Contra lo supuesto por la interpretación de Fiorina, aunque no para mi sorpresa,³⁷ el ejercicio muestra que los simpatizantes duros

³⁶ Dos razones impiden el uso de un solo modelo que incluya a los partidistas duros de los tres partidos juntos. Por un lado, y como se comprueba en los resultados no mostrados aquí, de incluir las tres variables explicativas en una sola regresión se obtienen esencialmente los mismos resultados (signo del coeficiente), pero el modelo se veía afectado por la ineficiencia, ya que —por diseño— las variables de “identificación fuerte” presentan una correlación muy alta. Por otro lado, dicha agrupación de los tres tipos de partidistas supone que entre los simpatizantes de los tres partidos se manifiesta de manera similar el mencionado “diferencial partidista”, lo que, como abajo se verá, es un supuesto equivocado.

³⁷ Este resultado es muy congruente con otro que he reportado en el pasado (Poiré, 1995), donde la lealtad de electores al PAN es más débil que la que tienen hacia el PRD o el PRI sus propios votantes, y puede implicar el inicio de una fértil veta de investigación respecto al contenido interpretativo de la identificación partidista en favor de Acción Nacional.

Cuadro 7. Modelos probit de electores estratégicos^a
Identificación partidista fuerte

VARIABLES explicativas ^b	Diferencia de probabilidades ^c (estadístico "p")
Panista "duro"	0.0689* (0.097)
<i>N</i> = 542 <i>Log likelihood</i> = -172.2271	
Príista "duro"	-0.0721** (0.039)
<i>N</i> = 542 <i>Log likelihood</i> = -171.0073	
Perredista "duro"	-0.0393 (0.270)
<i>N</i> = 542 <i>Log likelihood</i> = -172.896	

^a Variable dependiente: predicción del voto sincero del elector diferente de la predicción del voto estratégico = 1, predicción del voto sincero del elector igual a la predicción del voto estratégico = 0.

^b Cada modelo se corrió por separado para evitar ineficiencia. La variable explicativa se codificó 1 si el elector se identifica fuertemente con su partido, y 0 en cualquier otro caso. Las constantes están incluidas en los modelos pero omitidas en este cuadro.

^c Se presenta la diferencia de probabilidades estimada si el elector se identifica fuertemente con su partido. Dentro de los paréntesis se presentan los estadísticos "p" de las hipótesis nulas en las que el coeficiente de la variable explicativa es igual a 0.

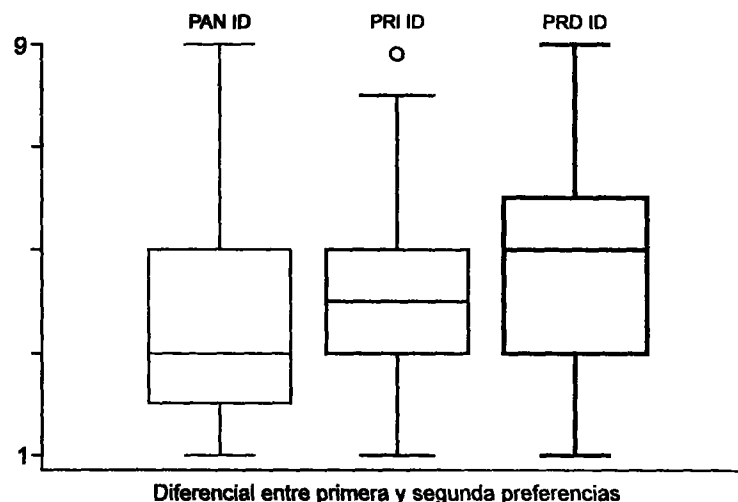
* = Significativo con $p < 0.10$

** = Significativo con $p < 0.05$

del PAN son los *menos duros* de los simpatizantes de los tres partidos. No sólo eso, sino que su base electoral más sólida se muestra significativamente más dispuesta a votar de manera estratégica *que el resto de la población*. La probabilidad de que un elector se comporte estratégicamente *aumenta* en casi 7 puntos porcentuales si éste resulta ser un panista duro. Por el contrario, y más acorde con la expectativa de Fiorina, dicha probabilidad disminuye en alrededor de los mismos 7 puntos si el elector es un príista duro. Por último, los perredistas duros no muestran predisposición alguna a votar más o menos estratégicamente.

Estos resultados son de lo más interesantes y destacan las diferencias notables que existen entre los simpatizantes de los diversos partidos, en especial los de oposición. Según el esquema de este artículo, la mayor tendencia a votar estratégicamente por parte de los panistas

Gráfica 1. Distribución del diferencial de partidos entre partidistas duros*



* Esta gráfica fue generada usando los termómetros de opinión incluidos en la encuesta. Para los electores identificados con cada partido (partido X), se obtuvo el siguiente "diferencial de partidos": $SP_X = opinión_X - MAX(opinión_K)$ donde K es el conjunto de los otros dos partidos políticos.

duros debería reflejar que su diferencial de utilidad con respecto a su segunda preferencia no es tan alto relativamente.³⁸ Esta intuición es claramente confirmada por un análisis adicional de los datos de la encuesta. La gráfica 1 ilustra la distribución de la diferencia de opinión entre la primera y la segunda opciones, para los simpatizantes duros de los tres partidos. En ella se muestra con claridad que este "diferencial de partido" es notablemente reducido para una muy significativa porción de los panistas duros, en especial si los comparamos con los perredistas duros. Mientras que esta medida es de cinco puntos o más para la mitad de los perredistas, entre la mitad de los panistas es de sólo dos.³⁹

³⁸ Desde luego, también puede deberse a que congruentemente se encuentran en situaciones de alto costo de oportunidad de votar sinceramente.

³⁹ El "diferencial entre el primero y segundo partido" se codificó de la siguiente manera: para cada uno de los simpatizantes duros de cada partido (partido X), la fórmula es:

$$SP_X = opinión_X - MAX(opinión_K)$$

donde K es el conjunto de los dos partidos políticos distintos de X. Este diferencial de partido es el reportado en la gráfica 1, y se codificó con base en termómetros de opinión con respecto a los partidos en escalas de 0 a 10.

La gráfica 1 muestra también que la solidez del electorado priísta ante consideraciones sofisticadas no necesariamente se debe a razones de diferencial de partido, dado que éste es en general menor que el de los perredistas. Más bien, este resultado se debe a los costos de oportunidad prácticamente nulos de votar sinceramente por el PRI –resultado de su alta o media competitividad en todas las entidades del país–. Aun si este hallazgo no es muy sorprendente, sus implicaciones distan de ser triviales: mientras que para los electores priístas es *casi siempre* una estrategia dominante el votar por su partido, para los electores de oposición éste solamente es el caso en demarcaciones en las cuales *ya son* competitivos frente al PRI, hecho que impide –en el margen– un mayor crecimiento *simultáneo* de ambos partidos de oposición en todo el país. Es decir, la creación de más sistemas tripartidistas en los estados de la federación será con mayor probabilidad –si es que acaso sucede– resultado de deserciones importantes de candidatos potenciales del PRI hacia el partido con *menor* presencia en el estado. En otras palabras, deberemos la presencia de equilibrios no duvergerianos en nuestras elecciones para gobernador más a la ausencia de coordinación por parte de las elites que a la coordinación de los electores, quienes se muestran dispuestos a generar dichos resultados.⁴⁰

Conclusión

Este artículo ha presentado los siguientes resultados:

1) Un modelo de utilidad esperada sofisticada es una excelente herramienta analítica para el estudio del voto en elecciones multipartidistas, y en particular de la elección congressional mexicana de 1997.

2) Mientras, el voto estratégico fue un factor importante en la decisión electoral de los mexicanos en tal elección, estimado en cerca de 9 por ciento de la muestra.

3) Su efecto neto no alteró el resultado global, ya que prácticamente se canceló entre los tres partidos. De manera significativa, el voto estratégico no sólo se da entre los dos grandes partidos opositores, sino también a favor del PRI.

⁴⁰ Un equilibrio no duvergeriano en una elección en la que solamente se disputa un cargo es aquél en que no se genera un resultado bipartidista (Cox, 1997).

4) No existe ningún determinante estructural del comportamiento sofisticado, ni siquiera el nivel de educación o de ingreso del elector. Es solamente el resultado de entender la decisión electoral como la maximización de utilidad esperada sofisticada (neta de costos de oportunidad de votar sinceramente) realizada por todo tipo de ciudadanos.

5) Contra lo que esperaba Fiorina, la identificación partidista no es un buen predictor de voto sincero para el electorado mexicano. Esto se debe en parte a que no todos los partidistas duros son iguales, a juzgar por los diferenciales de utilidad que presentan con respecto a su segunda preferencia.

6) En particular, los panistas duros muestran una mayor predisposición a votar estratégicamente que el resto de la población, en parte al menos porque su diferencial de utilidad es el más reducido de los tres grupos de partidistas. Por el contrario, los priístas duros son más propensos al voto sincero que el resto de la población, que se debe al mínimo costo de oportunidad que presenta tal tipo de sufragio.

Este artículo ha presentado hallazgos que constituyen un avance en nuestro entendimiento del voto estratégico en general y del comportamiento electoral de los mexicanos en particular. Además de probar por primera vez un modelo de utilidad esperada sofisticada con su correspondiente método estadístico para el caso mexicano, ofrece evidencia que destaca la necesidad de trascender interpretaciones plebiscitarias de nuestra ya muy compleja democracia electoral. El voto estratégico en México es, como en todo sistema electoral multipartidista, resultado de esfuerzos de coordinación por parte de las elites y de los electores que no *necesariamente* favorece o vulnera a uno solo de sus partidos. Parecería improbable suponer que el enclave político sigue dominando el espectro de competencia en la misma forma que pudo haberlo hecho hace una década,⁴¹ en especial después de la cantidad y magnitud de los cambios políticos que hemos presenciado en los últimos años.⁴² Ante la sabiduría convencional que insiste en el carácter inconcluso de nuestra transición y, por tanto, la posible relevancia de esta línea de división entre el PRI y la oposición en su conjunto, los electores parecen responder que, ya desde 1997, el destacar

⁴¹ Esto es justo lo que sugeriría el trabajo de Domínguez y McCann (1995).

⁴² Si bien la lista de los mismos pudiera abarcar un largo párrafo, los más relevantes para efectos de este argumento se refieren a la creciente presencia de autoridades locales surgidas de partidos diferentes al PRI, y a la derrota priísta en la elección de 1997, donde perdió la mayoría absoluta de la Cámara en la LVII Legislatura.

dicha distinción no bastaba para lograr triunfos en contra del partido en el gobierno. El voto estratégico que va de panistas y perredistas al PRI, señala que ya son otras las dimensiones del conflicto. Para seguir creciendo, es necesario pasar de la oposición a la oferta, del antagonismo a la propuesta.

Referencias bibliográficas

- Aldrich, John (1993), "Rational Choice and Turnout", *American Journal of Political Science*, vol. 37, pp. 246-278.
- Alvarez, R. Michael, S. Bowler y Jonathan Nagler (1997), "Issues, Economics and the Dynamics of Multi-Party Elections: The British 1987 General Election", California Institute of Technology, inédito.
- Alvarez, R. Michael y Jonathan Nagler (2000), "A New Approach for Modeling Strategic Voting in Multiparty Systems", *British Journal of Political Science*, vol. 30, parte 1, pp. 57-75.
- (1998), "When Politics and Models Collide: Estimating Models of Multi-Candidate Elections", *American Journal of Political Science*, vol. 42, núm. 1, enero, pp. 311-339.
- (1994), "Correlated Disturbances in Discrete Choice Models: A Comparison of Multinomial Probit Models and Logit Models", California Institute of Technology, inédito.
- Buendía, Jorge (1996), "Economic Reform, Public Opinion and Presidential Approval in Mexico, 1988-1993", *Comparative Political Studies*, vol. 29, núm. 5, octubre, pp. 566-592.
- Cinta, Alberto (1999), "Uncertainty and Electoral Behavior in Mexico: A National Survey", en Jorge I. Domínguez y Alejandro Poiré (eds.), *Toward Mexico's Democratization: Parties, Campaigns, Elections and Public Opinion*, Nueva York, Routledge, pp. 174-202.
- Cox, Gary (1997), *Making Votes Count: Strategic Coordination in the World's Electoral Systems*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Domínguez, Jorge I. (1999), "The Transformation of Mexico's Electoral and Party Systems, 1988-97: An Introduction", en Jorge I. Domínguez y Alejandro Poiré (eds.), *Toward Mexico's Democratization: Parties, Campaigns, Elections and Public Opinion*, Nueva York, Routledge, pp. 1-23.
- Domínguez, Jorge I. y James McCann (1996), *Democratizing Mexico*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press.

- Domínguez, Jorge I. y James McCann (1995), "Shaping Mexico's Electoral Arena: The Construction of Partisan Cleavages in the 1988 and 1991 National Elections", *American Political Science Review*, vol. 89, núm. 1, marzo, pp. 34-47.
- Domínguez, Jorge I. y Alejandro Poiré (eds.) (1999), *Toward Mexico's Democratization: Parties, Campaigns, Elections and Public Opinion*, Nueva York, Routledge.
- Downs, Anthony (1957), *An Economic Theory of Democracy*, Nueva York, Harper and Row.
- Estrada, Luis M. (1999), *Candidatos y voto estratégico en la primera elección del Jefe de Gobierno del D.F.*, México, tesis de licenciatura en Ciencia Política, Instituto Tecnológico Autónomo de México.
- Fiorina, Morris P. (1981), *Retrospective Voting in American National Elections*, New Haven, Yale University Press.
- King, Gary, James Honaker, Anne Joseph y Kenneth Scheve (1998), "Listwise Deletion is Evil: What to Do About Missing Data in Political Science", Harvard University, inédito.
- Lawson, Chappel (1999), "Why Cárdenas Won: The 1997 Elections in Mexico City", en Jorge I. Domínguez y Alejandro Poiré (eds.), *Toward Mexico's Democratization: Parties, Campaigns, Elections and Public Opinion*, Nueva York, Routledge, pp. 147-173.
- Lipset, Seymour M. y S. Rokkan (1967), "Cleavage Structures, Party Systems, and Voter Alignments: An Introduction", en Seymour M. Lipset y S. Rokkan, *Party Systems and Voter Alignments: Cross-National Perspectives*, Nueva York, The Free Press, pp. 1-64.
- Magaloni, Beatriz (1999), "Is the PRI Fading? Economic Performance, Electoral Accountability and Voting Behavior in the 1994 and 1997 Elections", en Jorge I. Domínguez y Alejandro Poiré (eds.), *Toward Mexico's Democratization: Parties, Campaigns, Elections and Public Opinion*, Nueva York, Routledge, pp. 203-236.
- (1996), "Dominio de partido y dilemas duvergerianos en las elecciones presidenciales de 1994 en México", *Política y Gobierno*, vol. III, núm. 2, pp. 281-326.
- (1994), "Elección racional y voto estratégico: algunas aplicaciones para el caso mexicano", *Política y Gobierno*, vol. I, núm. 2, pp. 309-344.
- Moreno, Alejandro (1999), "Campaign Awareness and Voting in the 1997 Mexican Congressional Elections", en Jorge I. Domínguez y Alejandro Poiré (eds.), *Toward Mexico's Democratization: Parties, Campaigns, Elections and Public Opinion*, Nueva York, Routledge, pp. 114-146.

- jandro Poiré (eds.), *Toward Mexico's Democratization: Parties, Campaigns, Elections and Public Opinion*, Nueva York, Routledge, pp. 114-146.
- Poiré, Alejandro (1999), "Retrospective Voting, Partisanship and Loyalty in Presidential Elections: 1994", en Jorge I. Domínguez, Jorge y Alejandro Poiré (eds.), *Toward Mexico's Democratization: Parties, Campaigns, Elections and Public Opinion*, Nueva York, Routledge, pp. 24-56.
- (1995), *Lealtad partidista y desalineación electoral en la elección presidencial de 1994*, México, tesis de licenciatura en Ciencia Política, Instituto Tecnológico Autónomo de México.
- Reed, Steven R. (1999), "Strategic Voting in the 1996 Japanese General Election", *Comparative Political Studies*, vol. 32, núm. 2, pp. 257-270.
- Schlesinger, Joseph A. (1991), *Political Parties and the Winning Office*, Ann Arbor, University of Michigan Press.
- Vergara, Rafael (1999), "Voting in Multi-Party Elections: The Case of the 1997 Mexican Congressional Elections", presentado en la reunión de la Southwestern Political Science Association.